LA EDUCACION MORAL Y SOCIAL DE «EL PRINCIPE DESTRONADO»

Emilietta Panizza
Università di Padova

El título de la novela corta de Miguel Delibes, **El príncipe destronado** [1], podría juzgarse más apto para un cuento de hadas que para una novela. En realidad la narración no debe considerarse, de ninguna manera, un simple **divertimento.** Muy lejos de ser una fábula, en su intento de centrar la anécdota sobre un niño de tres años, constituye un esfuerzo más, por parte del autor vallisoletano, para sondear el problema de la incomprensión de los adultos hacia el mundo infantil. Problema tan acuciante como destacado en la obra de Delibes.

El escritor advierte que la acción se desarrolla un «Martes, 3 de diciembre de 1963», pero lo que le ocurre a Quico, el pequeño protagonista, en un día cualquiera de su incipiente existencia, es de una actualidad extraordinaria. El tiempo que los lectores pasan con Quico es muy reducido: desde las diez de la mañana hasta las nueve de la tarde. Sin embargo, es suficiente para enfocar perfectamente el micromundo burgués que rodea al pequeño y analizar cómo se realiza su educación moral y social.

Si se exceptúan las rápidas visitas a la tienda de ultramarinos, al piso de la tía Cuqui y al despacho del médico, salta a la vista en seguida que los contactos de Quico con el mundo exterior son mínimos. Es natural, pues, que su familia y las personas que se ocupan de él sean los principales agentes moralizadores y socializantes de su vida en ciernes. Serán los modelos culturales propuestos en el seno de ese ambiente los que le ayudarán a conocerse a sí mismo, a formar su conciencia moral y a llegar a ser el día de mañana un hombre social.

¿Cómo se efectúa esa educación? ¿Podrá Quico en el futuro ser un individuo adulto y maduro, apto para enfrentarse con la vida con equilibrio y serenidad?

Recién despertado —a las diez de la mañana— Quico llama la atención de la Vítora, la criada, porque no se «ha meado» en la cama y casi triunfante «... se pasó las manos, una detrás de la otra, por el pijama: —Toca —dijo—. Ni gota». Un rato más tarde es mamá la que se maravilla de la proeza nocturna de Quico y éste, casi repitiéndose mecánicamente, dice, «... tras pasarse insistentemente las manos por el pijama: —Toca; ni gota».

---

[1] M. Delibes: **El príncipe destronado.** Barcelona, Ed. Destino, 1974.

BOLETÍN AEPE Nº 24. Emilietta PANIZZA. LA EDUCACIÓN MORAL Y SOCIAL DE "EL PRINCIPE DESTRONADO
Centro Virtual Cervantes

El no haberse hecho pis en la cama le alegra tanto, que sigue anunciándolo, como si fuera la noticia más trascendental, a todos los que encuentra durante el día: a su hermano Juan, al Santines, el mozo de la tienda; a Domi, la niñera; a su hermana Merche, a papá, a la tía. Siempre con el mismo estribillo: «No me he hecho pis en la cama...»

Desde el primer momento comprendemos que, para el pequeño, el problema de su diuresis es muy apremiante. Tal vez constituya para él una verdadera angustia. Los que han tratado el problema afirman que los sentimientos de culpabilidad, en el niño, van estrechamente enlazados con el período de la educación de los esfínteres, es decir, con la forma en que la madre pretende del niño su limpieza personal, entre los dieciocho meses y los dos años [2].

Probablemente a Quico se le ha exigido demasiado pronto lo que él no podía dar. Lo que sí es seguro es que, por su incapacidad en respetar su higiene personal, él se siente extremadamente desgraciado. Cuando a la hora de la merienda, absorto en escuchar a Domi que canta, no nota las ganas hasta después de haberse mojado, sabiendo que su madre le reprochará, pierde toda su vivacidad y su alegría y trata de esconderse «para ocultar la huella delatora». Con esta reacción, Quico está viviendo inmediatamente su culpabilidad, aun no teniendo conciencia de ella, ni mucho menos responsabilidad. No está en condiciones, a su edad, de valorar su falta. Lo que siente en realidad es el miedo a que se le castigue porque, con el castigo, pierde el amor de su madre e intuye que ésta le rechazará aún más. Está tan seguro de ello que, después de recibidos dos azotes, casi no nota el dolor, entra en la cocina, estalla contra la Vítora con unas cuantas palabrotas y amenaza ejecutar la conminación que le dirige la niñera Domi cuando se baña: «... voy a cortarme el pito... con una cuchilla de papá...».

Este deseo de auto-castración es muy grave; es un síntoma muy claro de que algo no va muy bien en este ambiente.

Hace falta no olvidar la corta edad del niño: tres años. Está en la primera infancia, un período en el cual su universo afectivo es esencialmente egocéntrico y fantasmagórico. Es un mundo, el de Quico, donde no cabe ni lo lógico, ni lo racional, ni lo moral: todo está enmarcado por lo irracional y lo mágico. El niño, sin embargo, lo vive como la única realidad posible y lo siente no ya como un conjunto de interpretaciones personales, sino como un cosmos en que él está dinámicamente presente. No puede juzgarlo ni criticarlo, tampoco alejarse de él: es su **vida vivida** y la base de todas sus acciones, reacciones, posturas y actitudes. Cuando el tubo de dentífrico que maneja es un «camión», un «barco», un «cañón», un «avión», la «tele» o una «pistola», podemos estar seguros de que son **realmente** estas cosas para él. Hasta el punto que, si alguien se atreve a hacerle algún reparo, él reacciona con la mayor seriedad: «—No es porquería —dijo—, es un camión.»

Los adultos que quisieran deshacer este **montaje** de automatismos deberían usar mucho tino. Sobre todo cuando los reproches, los castigos, los chantajes que dirigen al niño pasan al plano moral, donde también hay automatismos. En este dominio las críticas hacia el mundo creado y vivido por el niño pueden ser aún más peligrosas. Impiden muchas veces la espontánea expresión de la personalidad. Los tabúes sexuales y la idea de pecado que van a menudo unidos con ellas destacan sólo el bajo nivel de preparación

---

[2] M. Klein: **La psychanalyse des enfants.** París, Presses Universitaires, 1958.

BOLETÍN AEPE Nº 24. Emilietta PANIZZA. LA EDUCACIÓN MORAL Y SOCIAL DE "EL PRINCIPE DESTRONADO"
Centro Virtual Cervantes

humana logrado por este tipo de sociedad familiar. Intervenir frecuentemente con reproches y censuras es muy perjudicial.

El interés de Quico por el sexo se debe a la curiosidad con la cual cualquier niño de su edad mira al mundo que le rodea. Es la base de toda curiosidad intelectual. A través de su cuerpo Quico se descubre a sí mismo. Reprocharle para que no se toque o no mire es la forma más absurda de **educación moral.** Nada más ridículo que el forcejeo de papá en el cuarto de baño para vedarle la entrada; nada más absurdo que su intento para evitar la pregunta del hijo: «¿Tienes pito, papá?» Aun sin necesidad de explicárselo con pormenores que fuesen más allá de su nivel psíquico, una contestación sencilla formaría parte de su deber de padre. La curiosidad sexual de Quico no tiene nada anormal; satisfacerla con palabras apropiadas le ayudaría a alcanzar un desarrollo psíquico normal. No facilitarle ninguna respuesta puede desalentarle hasta el punto de hacerle creer que cualquier pregunta suya es impertinente. Así podría cortarse también su deseo de conocer y profundizar problemas de orden intelectual.

Además, traer a colación cada dos por tres el **pecado,** el **demonio** o el **infierno** para que no use palabras como «culo» o «¡leche!» (que oye pronunciar a los adultos) significa sustentar miedos e inquietudes inútiles. **Pecado** es una palabra vacía para Quico. Es un concepto abstracto que tiene significación sólo porque lleva consigo la irritación de los adultos o sus castigos. **Demonio** e **infierno,** en cambio, forman parte de aquel mundo concreto de imágenes que para el niño existen realmente. Enfocarlas para amedrentarle le acongoja de tal forma, que, a la hora de acostarse, está atemorizado por aquellos simulacros, que considera reales, y no puede dormirse. Sólo cuando tiene su manita cerrada entre las manos de mamá consigue conciliar el sueño: son las nueve de la noche y el día ha terminado para él.

Su madre le ayuda a calmarse. Es la primera vez que esta mujer se le acerca con una actitud tranquila y disponible. Muy distinta de la que ha tenido durante todo el día con él y sus hermanos. En efecto, mamá está siempre nerviosa, preocupada, irritada. Con los hijos es extremadamente impaciente. No habla con ellos, sino más bien «grita», «chilla» y «vocea»; en sus ademanes se le nota un fondo de excitación incontenible: arrebata «violentamente» el tenedor de la mano de Quico, le reprocha a menudo «tomándole por un brazo y zarandeándole», le habla siempre «severa, autoritariamente» y hasta llega a «sacudirle tres sonoros azotes». Notan particularmente su fastidio los hijos menores, que no la sienten a veces ni como persona: mamá desaparece y se transforma en «la bata de flores rojas y verdes»; algo que va y viene, es y no es, y no produce ni confianza ni seguridad, sino miedo y temor.

No cabe duda de que la mujer carga con una responsabilidad no indiferente. Su presencia, sus cuidados, la relación con los hijos pequeños serían fundamentales para que éstos encontrasen el sentimiento de seguridad que los ayudaría a desarrollar armoniosamente su personalidad. Este sentimiento se fija y se acrecienta gracias al amor; se forma y existe cuando la madre quiere al niño, le acepta, no ve en él un peso desagradable y enojoso. La mamá de Quico, en cambio, está hastiada y tiene una actitud consciente de rechazo en su papel de madre. Se esfuerza, pero su indisponibilidad es chocante.

Pero si el niño busca un sentimiento de seguridad y lo encuentra sólo en el amor verdadero, esto vale también para la mujer. Es indudable, en efecto, la relación entre el hecho de ser querido y el sentimiento de su propio valor personal. Si se quiere com-

BOLETÍN AEPE Nº 24. Emilietta PANIZZA. LA EDUCACIÓN MORAL Y SOCIAL DE "EL PRINCIPE DESTRONADO
Centro Virtual Cervantes

prender —aun sin justificar— el rechazo de mamá hacia Quico, hay que considerar su matrimonio. Detrás de la mujer hay un drama: la quiebra rotunda de su unión matrimonial. Seguramente una relación sexual válida con su esposo le garantizaría cierta protección en su empeño de madre; al contrario, el sostén emocional por parte de su marido ya no existe. Tal vez no haya existido nunca. Entre marido y mujer no hay más que incomprensión y maldad o sólo fría educación y meras amabilidades formales. Estos dos seres descargan sobre Quico su insatisfacción, su agresividad y se sirven de él como de una pelota para lanzarse uno contra otro las más horribles acusaciones. Piensan que el niño no comprende y aprovechan su inocencia para desahogarse de la forma más brutal. Escuchemos sus palabras en el momento de mayor encono:

> «Papá se inclinó hacia adelante. Las aletillas de su nariz temblaban como un pájaro sin plumas; sin embargo, no miraba a mamá, sino al niño:
>
> —El día que te cases, Quico, lo único que has de mirar es que tu mujer no tenga la pretensión de que piensa.
>
> —En el mundo —le dijo mamá, y el cigarrillo se movía al compás de sus labios como si fuera un apéndice propio— hay personas absorbentes, que creen que sólo lo suyo merece respeto. Huye de ellas, Quico, como de la peste.
>
> Quico asentía, mirando ora al uno, ora a la otra.
> Papá estalló:
>
> —La mujer, en la cocina, Quico.
> Dijo mamá, aureolada de humo, levantando levemente la cabeza:
>
> —Nunca creas que tú eres la verdad, hijo.
> Dijo papá, cada vez más exasperado:
>
> —La mejor de todas las mujeres que creen que piensan, debería estar ahorcada, ¿oyes, Quico?
>
> Las manos de mamá temblaban ahora como las aletillas de la nariz de papá. Dijo mamá:
>
> —Quico, hijo, las bestias no deberían vivir en el asfalto.
>
> Quico levantó los ojos, cada vez más redondos, para mirar a papá, que se incorporaba. Le vio tomar el abrigo y el sombrero del armario ropero y corrió hacia él. Se detuvo al verle abrir la puerta. Papá se agachó. Su rostro parecía demudado:
>
> —Oye, Quico —dijo—, ve y di a tu madre que se vaya a freír puñetas. Hazme este favor, hijito» [3].

Las ofensas encarnizadas que acabamos de leer son la piedra de toque para valorar a esta familia típicamente burguesa, organizada según el código de la «jerarquía inte-

[3] M. Delibes: **Ob. cit.**, págs. 75-76.

BOLETÍN AEPE Nº 24. Emilietta PANIZZA. LA EDUCACIÓN MORAL Y SOCIAL DE "EL PRINCIPE DESTRONADO"
Centro Virtual Cervantes

rior». En este tipo de estructura familiar el padre es generalmente severo y dominante, pero poco preocupado por la educación de sus hijos. La madre, en cambio, se encuentra sumisa al hombre y a ella está confiada dicha educación. Resulta claro que, en un ambiente parecido, los hijos arriesgan perder toda su espontaneidad. Por otra parte, papá y mamá aplican en ellos modelos educativos a los que probablemente ellos mismos estuvieron sometidos.

La actitud de papá en este sentido es muy aleccionadora. Añora la guerra civil de manera casi punzante. La preocupación que había tenido durante el conflicto había sido una sola: «matar y que no te maten». La adaptación a una vida normal le había costado mucho: «Lo malo es la paz: el teléfono, la Bolsa, los líos laborales, las visitas, la responsabilidad del mando...» [4]. Estas ideas con directa consecuencia de una educación muy especial. Aunque no conocemos casi nada de su familia, él nos deja comprender que admiraba mucho a su propio padre, cuyas enseñanzas se han grabado en su cabeza y en su corazón. No cabe duda de que su padre no le enseñó a contar con su capacidad personal para realzar en ella los valores colaborativos de una futura experiencia social, sino más bien le empujó a alcanzar el éxito en un ambiente de despiadada competencia, donde lo único que tenía valor era sobreponerse a los demás a toda costa. «Se poi è presente anche la trasformazione malevola della personalità, abbattere il vicino diventa la configurazione principale nell'integrazione delle relazioni interpersonali», afirman algunos psicólogos [5]. Es lo que hace papá con su feroz odio al suegro «rojo», con su ilógico antifeminismo y con su intransigencia para con los hijos. Papá, típico «macho» español, se jacta de su numerosa progenie porque es el símbolo de su virilidad, pero no quiere ninguna preocupación, ninguna responsabilidad. Sus vástagos son el pequeño ejército sobre el cual quiere mandar tan incondicionalmente como mandó durante la guerra.

Pablo, el hijo mayor, intenta rebelársele tímidamente, pero él es tajante: «—¿Ideas? —dijo—; sus ideas serán las mías, creo yo. Además, esto no es tanto cuestión de ideas como de intereses» [6]. Pablo se resigna, acaba por aceptar; posiblemente continuará aceptando sus imposiciones y será un frustrado para siempre. Juan, de ocho años, le admira en cambio muchísimo y le considera su modelo ideal. Seguramente ha aceptado ya, a través de un proceso de identificación, a este dechado de virtudes varoniles y de mayor será tan egoísta y valentón como él.

¿Y Quico? Si sus padres demuestran toda su incapacidad para quererse de forma adulta y para superar su propio narcisismo, ¿cómo pueden enseñarle a ser un individuo equilibrado, moral y socialmente preparado para entrar en la vida?

El niño, en la familia, debería encontrar espacio para desarrollar una relación emocional muy fuerte con los demás; debería encontrar, en el juego de cariño y autoridad que le rodea, la atmósfera apta para conocerse a sí mismo y a su prójimo; debería, en fin, ver y sentir que se le acoge y acepta como a una persona que necesita protección, ayuda y amor, pero que, al mismo tiempo, puede dar él también todo esto a los otros. Quico, en cambio, choca contra todo lo que constituye su pequeño mundo. El trato con sus padres, con sus hermanos, con las criadas, no sirve para forjar su sociabilidad, sino

---

[4] **Ibíd.**, pág. 69.

[5] E. Gius-D. Cavanna: **La personalità. Nuovi orientamenti teorici.** Bologna, Ed. Patron, 1979 (vol. I).

[6] M. Delibes: **Ob. cit.**, pág. 68.

BOLETÍN AEPE Nº 24. Emilietta PANIZZA. LA EDUCACIÓN MORAL Y SOCIAL DE "EL PRINCIPE DESTRONADO"
Centro Virtual Cervantes

todo lo contrario, y en el plano moral se le imponen a veces responsabilidades que él vivirá más tarde como miedo y en su aspecto paralizador, no ya en sentido educativo y libertador.

La tía Cuqui y el médico creen que él está sufriendo por el nacimiento de su hermanita Cris, que le **ha destronado** de su puesto de «príncipe» de la casa. Pensamos que ésta no es toda la verdad. Quico no demuestra envidia hacia su hermanita, como ocurre generalmente a los niños que tienen miedo a perder el cariño de sus padres. Antes bien, derrama sobre ella los cuidados y las preocupaciones que los adultos deberían tener por él. Cuando trata de interpretar y traducir los balbuceos de Cris, Quico destaca un «instinto paternal» que, según Ackerman [7], forma parte de «un sentimiento familiar de base», inexistente en su familia, pero presente en él, más sensible que todos sus hermanos. El episodio de la chincheta, más que como medio para atraer sobre sí la atención de los que le rodean, es vivido por él, primero, como miedo a un castigo y como angustia de enemistarse con su madre, y después como uno de los innumerables automatismos que él mismo crea a cada paso con su fervorosa imaginación. Cuando el temor al peligro ha pasado y todos le reprochan su mentira, él se siente acusado, sin conseguir comprender por qué. La palabra **mentira** —igual que **pecado**— no tiene valor alguno en su cabecita. Su super-ego no está formado todavía y él no puede interpretar el sentido negativo de las críticas que los adultos le hacen. De todas formas, una vez más es mamá la que no tiene suficiente sensibilidad para explicarle las consecuencias que hubiera podido acarrearle su gesto. Mamá, aunque «le estallaba dentro la alegría», se finge contrariada, le reprocha y le «zamarrea con violencia». Hace exactamente lo que no debería hacer.

Quico, niño hiperestésico, necesita expresar su vitalidad inmediatamente, precisa transformar en acciones sus energías, y cada vez que alguien se interpone para limitarlas o cortarlas es una desilusión profunda para él. Una oposición continuada a su espontaneidad hace estallar en él la agresividad y él intenta defenderse como puede: con la insolencia, con la inapetencia y hasta con la incontinencia de orina, una forma, por supuesto, muy inconsciente de rebelión a órdenes demasiado estrictas.

Haría casi falta esperar que Quico supiera rebelarse siempre al ambiente cerrado en que vive, psicológicamente el más apto para hacer de él un ser antisocial e inadaptado. No nos es dado saber qué será de él el día de mañana. Hoy, en la novela, podemos sólo juzgar por la expresión de sus ojos. Sus maravillosos ojos azules no manifiestan casi nunca alegría, no son nunca ojos risueños. Parecen «ausentes», son «lánguidos y anegados», están «infinitamente tristes, atónitos». Como subraya Gonzalo Sobejano, «... ese niño vive un momento crítico, habitante aún de lo que la niñez tiene de naturaleza humana en su forma más inocente, pero asomado ya al miedo, al recelo, al desconsuelo» [8]. Quico, desde luego, es el retrato de un niño destinado a la soledad, a la incertidumbre, a la incomprensión, y su familia, en la cual nadie demuestra haber adquirido madurez y equilibrio suficientes, no le facilita de forma alguna la educación moral y social que necesita y hace de él la víctima ignata e inocente de su mezquino y cobarde egoísmo **adulto**.

---

[7] N. Ackerman: **Psicodinamica della vita familiare.** Torino, Ed. Boringhieri, 1973.

[8] G. Sobejano: **Novela española de nuestro tiempo.** Madrid, Ed. Prensa Española, 1975.

BOLETÍN AEPE Nº 24. Emilietta PANIZZA. LA EDUCACIÓN MORAL Y SOCIAL DE "EL PRINCIPE DESTRONADO"
Centro Virtual Cervantes